

Carta de Gustavo Dessal a Jacques Alain Miller

Querido Jacques Alain:

La política nunca ha sido un tema sobre el que me considere muy autorizado a escribir, dada mi carencia de conocimientos y fundamentos sólidos en esa materia. Cuando me atreví a hacerlo a propósito de la matanza de Charlie Hebdo, me valió el repudio de una parte importante de miembros judíos de la ECF. Yo, un judío orgulloso de serlo, al parecer cometí alguna clase de pecado por cuestionar (en una breve frase) la política del Estado de Israel. Aprendí la lección: hay cosas que otros pueden decir (por ej., Jacques-Alain Miller) pero yo no, lo cual acepto plenamente. Tomo nota de mis errores, y de aquello en lo que no debo entrometerme.

El peronismo es un fenómeno único en la historia de la política. Tal vez -y digo esto con toda la prudencia de quien ignora muchas cosas al respecto, y por no haber militado en ese movimiento- porque se trata de algo que excede completamente lo político. Si Perón y Evita hubieran constituido solo dos figuras políticas de inmensa relevancia, sería mucho más sencillo comprender su papel en la historia argentina. Pero el peronismo es una religión que solo se practica en una gran parte de la población argentina, y lo afirmo con todo el respeto y la seriedad que merece el discurso religioso: algo que debe ser analizado como un síntoma, en el sentido que Lacan le dio a este término hacia el final de su enseñanza: el de constituir una modalidad de anudamiento. Una de las singularidades del peronismo, es que se trata de un fenómeno de discurso en el que la pareja Perón-Evita sigue manteniendo una pervivencia en el imaginario colectivo que no tiene comparación con nada de lo que ha sucedido en el resto del mundo. No estoy capacitado para hacerlo, pero al psicoanálisis le cabe aportar una luz sobre ello, una luz que debe prescindir de toda valoración moral o axiomática. Los estudios, documentos y testimonios sobre el antisemitismo de Perón son tan numerosos como los que supuestamente demuestran lo contrario. El peronismo albergó bajo sus significantes un espectro ideológico tan variado que posiblemente no exista algo semejante en la historia de otros países. Eso lo convierte en una materia apasionante, en especial si uno es capaz de despojarse de las identificaciones que suponen su admiración o su repudio.

Como ejemplo, cuando los militares expulsaron a Perón del poder, no supieron qué hacer con el cadáver embalsamado de Evita. Esos mismos militares que la odiaron y celebraron su muerte, experimentaron un pavor sagrado, una suerte de terror supersticioso que forma parte del argumento de una extraordinaria novela, "Santa Evita", de Tomás Eloy Martínez, y cuya lectura le recomiendo vivamente. La historia y las vicisitudes del cuerpo de Evita, solo comparables a la doctrina sobre la muerte y resurrección de Cristo, constituyen un tema analítico que merecería mucha más atención, desde la perspectiva de la orientación lacaniana, que cualquier posicionamiento en favor o en contra del peronismo. El caso es que, ante la perplejidad de los golpistas, encargaron a un militar de alto rango que se hiciese cargo del cadáver. Durante décadas, este hombre fue el único depositario del secreto de dónde se escondía el féretro con el cuerpo embalsamado. Con los años, la sagrada Muerta acabó convirtiéndose para él en una auténtica obsesión, en la encarnación de un fetiche sublime del que se encontró perdidamente enamorado. Sé que la mayoría de los adeptos al peronismo considerarán que esta historia forma parte de una mitología inventada. Pero el caso es que, casualidades de la vida, aquel militar fue un amigo de mis padres, y las aventuras y desventuras de aquel asombroso amor llegó a mí de manera directa.

No creo que haya que ser argentino para poder medir y calibrar el alcance que el peronismo ha significado, y significa aún en la historia de ese país, del mismo modo que no es imprescindible haber nacido en Cuba para comprender lo que ha supuesto Fidel Castro, o en la India para entender a Gandhi, o en la China para saber quién fue Mao. Pero puedo asegurarle que el peronismo supone un desafío mucho mayor que todos esos otros ejemplos. Si me permite expresarlo en estos términos, hay algo allí que toca lo real, lo real en el sentido de lo imposible lacaniano. Para cernir ese real, que es un legítimo objeto del psicoanálisis, es preciso establecer una doctrina sobre cuál es la relación entre psicoanálisis y política, que obviamente no puede basarse en ninguna doxa. De lo contrario, el debate correría el riesgo de convertirse en una disputa personal y partidaria, en la que podrían emerger hechos terriblemente penosos. Alguien podría recordar, a título de ejemplo, de qué país provenían los militares que entrenaron el Ejército Argentino en el uso de la tortura. ¿De qué serviría eso?

Sin duda, usted es una de las pocas personas que están a la altura de esa tarea que, desde mi punto de vista, aún no ha sido llevada a cabo.

Afectuosamente,
Gustavo Dessal